

30 Junio

30 DE JUNIO
*Aquel Señor a quien
los cielos mismos
No pueden contener,
está presente,
Y quiere descender a
los abismos
De la miseria humana,
diariamente.*



MISIONEROS DE LA NATIVIDAD DE MARÍA



Demos hoy gracias al Sagrado Corazón por los beneficios que esperamos recibir en la gloria

La misericordia que da el Señor en la tierra a sus criaturas es, apenas, una sombra pálida de la que reserva para ellas en la eternidad. El cielo ha de ser nuestro estado perfecto y ahí se realizará la mayor dicha que pudiera haber jamás soñado el hombre. Será tal nuestra dicha que ni la menor proporción de ella podría caber en la más desbordada de nuestras fantasías. Si una sola gota de los consuelos que derrama hoy el Señor en nuestro corazón basta para que olvide éste sus mayores tristezas, ¿qué será cuando se inunde de paz y de buena ventura?

Si apenas el ver la perfección y belleza que nos ha querido dejar el autor de la creación en algunas de sus criaturas —y que el arte reproduce en sus obras maestras— nos estremece el alma, ¿qué será ver cara a cara a la suprema Belleza, y perfección que, abiertamente y sin velos, se comunica en la eternidad a sus elegidos?

Allí la salud sin el menor riesgo de enfermedad o molestia; la vida sin la dolorosa perspectiva de una muerte próxima o lejana; el amor sin tibieza ni desfallecimiento; allí la fiesta perpetua del alma. El aleluya que se canta en el cielo no es como el de la tierra: mezclado con gemidos de persecución o gritos de combate. Se vence en la gloria con la paz, no con fatigas y sudores. Se vive gozando con pureza, se ama con la mayor plenitud y alcance que es dado concebir en la palabra amor. Eso nos promete Dios; eso nos reserva.

¡Gracias, Corazón de Jesús, gloria de los bienaventurados, sol esplendente de la feliz ciudad de Dios! Gracias por esos dones que por Ti esperamos y que, mediante tu gracia y nuestras obras, estamos seguros de poder poseer algún día.

Se medita unos momentos

noche y de día radiante de claridad. Contempla tu patria, el dulce hogar de tu Padre, la mansión que dentro de poco va a ser tu patrimonio. Región maravillosa de paz, felicidad y eterna esperanza. Con sus ángeles y santos, con la Reina gloriosa de todos ellos, María; con la humanidad resplandeciente de Cristo y con la majestad de la Santísima Trinidad. Todo es para ti.

Ensancha tu corazón, extiende tus deseos, dilata tu imaginación, sé codiciosa, alma mía, hasta donde puedas serlo: todo excederá tus ilusiones. No habrá bienes que perezcan con la muerte ni amores que la edad marchite o la ausencia entibie. No habrá fortuna que se acabe, pues nada de lo que el mundo ofrece para hacernos felices tiene cabida allí. Nada de eso será tu felicidad. Dios mismo será tu recompensa. Contempla la grandeza de tu porvenir, lo magnífico de tus esperanzas. Enciende el ardor de poseerlas y rinde mil gracias al Corazón divino, quien será el que te proporcione la gracia de Dios.

Sagrado Corazón de Jesús, no quiero esperar a recibir tus dones para agradecértelos. El hijo que lee el testamento de su padre y se ve nombrado en la herencia, no espera a darle las gracias al padre hasta que esté en posesión de los bienes. No, aquellas letras que le prometen el bien equivalen para él a un título de propiedad. Y esas letras las has escrito Tú muchas veces en tu testamento, y en ellas cien veces me has nombrado a mí, heredero de tu gloria. Gracias, Señor, muchas gracias. Te las damos en este último día de nuestro mes de junio dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. Anhelamos reunirnos contigo en el cielo para cantarlas ahí, en unión del Padre y del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos. AMÉN

Se medita y se pide una gracia particular para este día

Alma mía, alza los ojos al cielo azul lleno de estrellas por la

MISIONEROS DE LA NATIVIDAD DE MARÍA

